

Desde el muelle pasa el mundo



Foto fija Chris Marker, *La Jetée*, cortometraje, 1962

1

Hoy, temprano, escribí a un amigo para tratar de aclarar mis caóticas imágenes (ideas) sobre lo que está pasando con el mundo en este momento. Pablo Cuartas es astrofísico y profesor de la Universidad de Antioquia y, como respuesta a mi inquietud, me dijo:

–La Tierra rota a unos 400 metros/segundo, en el Ecuador... Si se detuviera de improviso, todo lo que está en la superficie saldría disparado a unos 400 metros/segundo, hacia el oriente...

–Oriente, ¡qué bella metáfora! –repliqué.

El domingo 17 de noviembre de 2019, se estima, apareció el paciente cero, portador de un nuevo virus que mutó y pasó de animales silvestres a humanos. Esta enfermedad de alto grado de contagio ataca al sistema respiratorio, con graves consecuencias para personas mayores y con comorbilidad como insuficiencia cardíaca, diabetes, hipertensión y otros tantos padecimientos silentes. Un hombre de cincuenta y cinco años, oriundo de la provincia de Hubei, China, fue la primera morada del virus con forma de “corona”, que hizo su

Ceci est l'histoire d'un homme
marqué par une image d'enfance.



Foto fija Chris Marker, *La Jetée*, cortometraje, 1962

aparición en escena con un parlamento estelar que no avizora un fin inminente y, mucho menos, uno feliz propio de las ficciones de Hollywood.

A raíz de esta calamidad de salubridad, la actualidad mundial no tiene como protagonista

por estos días una hazaña de Ronaldo, ni mucho menos la declaración bélica de un déspota al mando de un estado-nación con armamento nuclear, tampoco el avistamiento de un nuevo fenómeno estelar, ni la aparición de una novel estrella pop británica. La agenda social, política y económica ha sido relevada por cualquier nota tocante con este virus –bautizado COVID-19–; de eso da fe el pandemio de aterradoras noticias por doquier sobre contagio y muerte.

Ahora bien, según los expertos en distintas áreas de las ciencias y la economía estamos *ad portas* de un tiempo inusitado. Una crisis de dimensiones bíblicas que de momento deja ver tan solo uno de los lados de su calidoscópico espectro, pero que necesariamente terminará por dictaminar cambios drásticos en los hábitos y en la valoración de lo que atesoramos. Muchos se han aventurado a predecir el presente-futuro trayendo a colación las pandemias del pasado. No obstante las comunicaciones, tras la Cuarta Revolución, haber vuelto al mundo una pequeña “aldea global”, han generado por estos días una hipérbole de sensacionalismo que no nos permite ver de forma diáfana la magnitud del golpe que ha recibido la especie, ya que una vorágine de imágenes frenéticas tiene anestesiada nuestra capacidad de entender lo que realmente pasa.

Y... prosigue el libreto; desde un muelle del que zarpan y en el que atracan ideas esquivas, se recuerdan otras pestes recreadas en escenas macabras por artistas medievales en las cuales la parca, con hábito oscuro y hoz afilada, arranca el alma de los cuerpos apergamina-dos y desmadejados en recodos de ciudades lúgubres, lugares execrables más parecidos a cloacas, que alcanzan a expeler ese fétido olor a humanidad decrepita que nos entra por los ojos. Eso hacen los símbolos, son capaces de conectar todos los sentidos y orquestar sinfonías sensoriales desde una imagen, un olor o un sonido.

El arte, en su condición profética de pre-visualización de futuros posibles, ha hecho múltiples apuestas a través del tiempo. Un mundo detenido por la peste, la guerra o una hambruna, por catástrofes naturales o, incluso, por invasiones extraterrestres son argumentos reiterados de la ficción moderna que se posan sobre los mitos trágicos de la antigüedad para recrear el temor y la alarma necesaria para preservar la vida que tanto ha predicado la fe cristiana. Frente a estos estadios de incertidumbre, la imaginación vuela por territorios insospechados y nos permite ver cosas que, difícilmente, concebiríamos de otra forma. El arte es eso: la capacidad que nos asiste de crear mundos posibles (como diría Nelson Goodman), así estos se alineen con la distopía, en muchas de sus apariciones.

En 1962, aun con el hedor fresco de la guerra en el ambiente, un experimento audiovisual, que su creador Chris Marker catalogó como una fotonovela, fue estrenado en Francia. En *La Jetée* (El muelle), un cortometraje de 28 minutos, presenta un futuro post-apocalíptico donde un reducto de humanos, escondidos como topos bajo tierra, logra dominar el tiempo y utilizan a un reo para volver al pasado y tratar de remediar en algo lo que detonó la debacle. Este argumento quizá nos parezca familiar: James Cole (Bruce Willis) cubierto con un escafandra de plástico camina las calles de una ciudad donde campean todo tipo de fieras salvajes y animales silvestres; en *Twelve Monkeys* (largometraje de 1995 dirigido por Terry Gilliam) se recrea *La Jetée* pero, esta vez, el argumento parece estar matizado por *Los límites del crecimiento* (1972) –tratado científico encargado por El grupo de Roma al MIT, donde se describe la enfermedad que significa el crecimiento económico para un planeta de recursos naturales finitos–. Cole, el protagonista, vuelve de manera insistente al pasado, ya no para encontrar la forma de frenar una hecatombe nuclear en medio de la guerra fría, sino para saber cómo y dónde se desató un

virus mortal que prácticamente exterminó la civilización.

El mundo: eso que hacemos con nuestra realidad, pasa frente a nosotros con una velocidad de unos 400 metros/segundo, y observamos desde una suerte de muelle. Aun no llega el momento en que el planeta Tierra, que confundimos con el mundo, frene de golpe y salgamos disparados al oriente. Sin embargo, cada día cambia el panorama radicalmente y, así, con cada amanecer contemplamos el oriente, esperando el astro Sol; miramos hacia el lugar desde donde llegó el enemigo con la corona de un reino invisible que nos ha hecho entender, de alguna manera, la teoría fractal (el efecto mariposa) que dice que el batir de las alas de una mariposa en China, formará una tormenta sobre Nueva York. Aquí, no obstante, aplica hablar de un murciélago y la consabida muerte, metáfora de la tormenta. Acción-reacción, ¿será que entendemos?

Oscar Roldán-Alzate

3

Coda

Esta edición de la *Agenda Cultural Alma Máter*, que con su tema claramente irrumpió en la programación preestablecida, dada la urgencia de lo real, está dedicada a la vida de todos los que han partido a causa del COVID-19. Con las colaboraciones de Pablo J. Patiño, Sara Yaneth Fernández Moreno, Pedro Amariles, Carlos Arturo Soto Lombana, Eufrasio Guzmán Mesa, Luis Fernando González Escobar, Adolfo León González, Orlando Mejía Rivera, Pablo Montoya, Carlos Vásquez y Gisela Sofía Posada, y las imágenes de El muelle (*La Jetée*), este número especial espera generar preguntas para que nuestra realidad sea entendida como un mundo colectivo donde todos compartimos la dicha y la desgracia.